

**EL CONOCIMIENTO Y EL AMOR DE SÍ MISMO PARA UNA VIDA VIRTUOSA  
SEGÚN SANTO TOMÁS**

**Introducción.**

En el mundo de hoy podemos encontrar, respecto de este tema, dos vicios extremos. Por un lado, por exceso, vemos muchos hombres que viven de manera ensimismada, individualista, egoísta y soberbia, es decir, que valoran la realidad y a los demás únicamente por la utilidad o conveniencia propia. El conocimiento y amor de sí mismo, en este sentido, sería para ellos lo más importante, a punto tal que nada harían por los demás, sino todo para sí mismos. Para esta clase de personas, la vida virtuosa consistiría en liberarse, es decir, en ser sí mismo a costa de todo. Por otro lado, por defecto, vemos muchos hombres que viven de manera alterada, enajenada o volcada hacia afuera, es decir, que consideran que vivir para los demás desinteresadamente supone matar al sí mismo. El conocimiento y el amor propio, en esta línea, serían el primer obstáculo para una vida verdaderamente altruista. Para esta clase de personas, la vida virtuosa consistiría en reprimirse, es decir, en no poder ser sí mismo.

Sin embargo, por muy opuestas que parezcan estas posturas, no son sino dos caras de una misma moneda. En efecto, ambas consideran que el conocimiento y amor de sí mismo es egoísta y casi hasta un mal. Los primeros toman esto positivamente: hay que preocuparse de uno mismo y ser un poco (o bastante) egoísta en la vida; los segundos negativamente: el hombre no puede hacer todo lo que quiere, sino que debe olvidarse de sí mismo para conocer y amar a los demás. Santo Tomás, por su parte, nunca cayó en tales errores, sino que, por el contrario, sostuvo una vía media y superadora de ambas. Analicemos en qué consiste.

**Conocimiento de sí falso y amor de sí desordenado.**

En primer lugar, debe reconocerse que santo Tomás coincide con estas posturas en el hecho de que existe un amor de sí mismo desordenado que sigue a un conocimiento de sí mismo falso. Este amor de sí mismo desordenado es principio, raíz y causa de todos los pecados, de modo tal que “la raíz de toda iniquidad es el amor de sí mismo”<sup>1</sup>. Es también el que lleva hasta el desprecio de Dios y hace a la ciudad de Babilonia, en contraposición al amor de Dios hasta el desprecio de sí que hace a la ciudad de Jerusalén<sup>2</sup>.

En la *Catena aurea*, comentando el episodio de la pesca milagrosa, santo Tomás nos advierte, por boca de Beda el venerable, que en el fin de los tiempos la segunda barca, que es

<sup>1</sup> *Super II Tim.* c. 3, l. 1. Cf. *De Malo* q. 8, a. 1, ad 19: “todas las raíces y vicios capitales incluyen un amor desordenado de sí”; Cf. *Super II Sent.* d. 42, q. 2, a. 1, c. et ad 1; *Summa Theol.* q. 77, a. 4, c.

<sup>2</sup> Cf. *Summa Theol.* I-II, q. 77, a. 4, ad 1; II-II, q. 25, a. 7, ad 1; *De Malo* q. 8, a. 2, c. *Super Eph.* c. 2, l. 6.

la Iglesia de los gentiles, se llenará de peces que peligrarán el navío casi sumergiéndolo en el mar, e identifica estos peces peligrosos con los “hombres amantes de sí mismos”<sup>3</sup>. Con ello hace también alusión a la segunda carta de san Pablo a Timoteo que él mismo comenta. Allí nos dice que el Apóstol advierte de los peligros o vicios futuros, vale decir, el odio de Cristo y, como consecuencia, la falta de fe y caridad. E indica la causa de estos peligros diciendo que es la “abundancia de iniquidad” cuya raíz, precisamente, es el amor de sí mismo que hace a la ciudad de Babilonia<sup>4</sup>. Y este amor babilónico no solo se encontrará en la Iglesia, sino también en los pastores que la conducen: Nos dice en boca de san Agustín: quienes apacientan a las ovejas de Cristo, con tal ánimo de que quieren que sean suyas y no de Cristo, es convincente que se aman a sí mismos y no a Cristo, o para gloriarse o dominar o adquirir amor, no para obedecer y servir y agradar a Dios en caridad”<sup>5</sup>.

Este amor de sí desordenado, que es raíz de todo pecado y que tanto caracteriza a estos últimos tiempos haciendo peligrar la barca de la Iglesia, consiste para santo Tomás en que el hombre ame de sí mismo aquello que él no es principalmente: “Los malos estiman principalmente en sí mismos la naturaleza sensitiva y corporal, a saber, el hombre exterior (II Cor IV). De dónde, los que no se conocen a sí mismos rectamente, no verdaderamente se aman a sí mismos, sino que aman aquello que piensan que ellos mismos son”<sup>6</sup>. Según que aman aquella naturaleza “que es menor”<sup>7</sup> en ellos, “y falsamente”, apetecen “aquellas cosas que son deleitables según el sentido: y porque tales cosas le son malas y nocivas según aquello que verdaderamente son, por esto, se hieren a sí mismos, y se odian en acto, no en intención”<sup>8</sup>. Es decir, “propriadamente hablando, quien se ama cuanto al bien de la sensualidad contra el bien de la razón, más bien se odia que ama, según aquello del Psalm. X, 5: *quien ama la iniquidad, odia su alma*; y esto también dice el Filósofo en IX Ethic.”<sup>9</sup>. En este sentido, puesto que la raíz de todo pecado es el amor de sí desordenado y este puede considerarse como odio de sí mismo, entonces “cualquier pecador peca por el hecho mismo de que quiere hacerse males a sí”<sup>10</sup>. A este amor de sí según la naturaleza corporal santo Tomás lo llama también amor justamente vituperable o culpable, según que alguien se ama,

---

<sup>3</sup> *Catena in Lc.* c. 5, l. 2, *in fine*.

<sup>4</sup> Cf. *Super II Tim.* c. 3, l. 1.

<sup>5</sup> *Catena in Io.* c. 21, a. 3.

<sup>6</sup> *Summa Theol.* II-II, q. 25, a. 7, c.

<sup>7</sup> *De virtutibus* q. 2, a. 12, ad 6.

<sup>8</sup> *Super II Sent.* d. 42, q. 2, a. 2, qc. 2, ad 2.

<sup>9</sup> *De virtutibus* q. 2, a. 12, ad 6.

<sup>10</sup> *Super I Sent.* d. 46, q. 1, a. 4, sc. 2. Si bien en *De virt.* q. 2, a. 12, ad 6 santo Tomás dijo que “propriadamente hablando” el que se ama desordenadamente más se odia que ama, sin embargo en *Summa Theol.* I-II, q. 29, a. 4, c. hace notar que “hablando *per se*” es imposible que alguien se odie a sí mismo, sino que lo hace “*per accidens*”.

no absolutamente, sino más de lo debido o de lo que es preciso<sup>11</sup>, o según que alguien busca los bienes exteriores “por fuera de la medida de la virtud”<sup>12</sup>. Y nos dice también, siguiendo a Aristóteles, que este amor se da en la mayoría de los hombres y por eso cuando en general se dice que alguien es amante de sí mismo se lo considera reprochable:

Y, así, aquellos, que tales bienes apetecen, se aman a sí mismos según la parte irracional del alma, a saber, sensitiva. Ahora bien, una multitud de hombres es tal que más sigue al sentido que al intelecto. Y por esto la misma apelación del amante de sí mismo, está tomada de aquel que es malo, lo que conviene a muchos. Y así es patente que el *philautus*, esto es, el amador de sí mismo, según esta acepción, en cuanto se encuentra en muchos, justamente se reprueba<sup>13</sup>.

Hasta aquí podemos concluir de manera manifiesta que los hombres malos, que llevan una vida viciosa, se aman a sí mismos, pero con un amor desordenado, no queriendo en ellos lo que verdaderamente son, sino aquello que estiman que es principal en ellos, a saber, la naturaleza sensitiva o corporal, es decir, el hombre exterior. Por esta superficialidad, en el fondo, se odian a sí mismos, pues se hacen mal a ellos mismos. Y así es claro que un hombre que se ignora y odia a sí mismo no puede ser considerado virtuoso. Sin embargo, debemos hacer notar en qué difiere santo Tomás de los dos vicios señalados al comienzo, pues él considera que este *amor sui inordinatus* no es el único al que puede llegar el hombre, sino que existe un amor de sí mismo que no es egoísta y que sigue a un conocimiento de sí verdadero y es propio de una vida virtuosa.

**Conocimiento de sí verdadero y amor de sí ordenado.** En primer lugar, debemos decir que, como se ve en los textos aducidos, el odio de sí mismo supone una ignorancia de sí mismo, pues el apetecer aquellos bienes que satisfacen a la parte inferior del alma o al cuerpo, sigue al hecho de estimar que el hombre es principalmente eso. Por lo tanto, el primer paso para un amor de sí ordenado es un conocimiento de sí verdadero. ¿Cómo, entonces, se conoce el hombre a sí mismo? De dos maneras responde santo Tomás. Una con un conocimiento particular, como cuando “Sócrates o Platón perciben tener un alma intelectual en el hecho mismo de percibir que entienden”. Este conocimiento versa sobre el alma de cada uno en “aquello que le es propio”, es el conocimiento del alma en cuanto “teniendo ser en un individuo determinado”, aquel por el que singularmente conocemos lo que sucede en nuestra

---

<sup>11</sup> Cf. *De virtutibus* c. 2, a. 7, ad 13; *Sent. Politic.* 1. 2, lect. 4, n. 7. *Super II Tim.* c. 3, l. 1. En este último, se refiere a los que se aman de manera vituperable como “todos los que buscan las cosas que son suyas, no [las que son] de Jesucristo” citando a Phil. II, 21. Serían los pastores que apacientan las ovejas de Cristo para que sean suyas. Cf. nota 9.

<sup>12</sup> *De virtutibus* c. 2, a. 7, ad 14.

<sup>13</sup> *Sent. Ethic.* 1. 9, lect. 8, n. 9-10.

alma<sup>14</sup> y por el que sabemos que nuestra alma existe. De otra manera, con un conocimiento universal, en cuanto “consideramos la naturaleza de la mente humana por el acto del intelecto”<sup>15</sup>. En este conocimiento el alma es conocida en “aquello que es común a todas las almas”<sup>16</sup>.

El primer tipo de conocimiento es común tanto a virtuosos como viciosos, pues respecto a él, dice santo Tomás, nadie puede equivocarse y es un conocimiento certísimo<sup>17</sup>. En efecto, nadie se ha equivocado jamás, por ejemplo, en no percatarse de vivir<sup>18</sup>. Hay, de este modo, un amor de sí mismo común a todos los hombres, tanto buenos como malos, según que aman “aquello que estiman que son ellos mismos. [...] Pues todos estiman como bien común ser aquello que son, a saber, compuestos de alma y cuerpo”<sup>19</sup>. Los malos, en este sentido, aman su alma, pero verdaderamente la odian, pues la aman en cuanto que es, pero yerran en la determinación de la naturaleza de aquello que existencialmente conocen, estimando que es principalmente la naturaleza sensitiva o corporal.

Por esto, en el segundo tipo de conocimiento hay divergencia entre el hombre virtuoso y el vicioso, pues en el conocimiento universal del alma de sí misma dice santo Tomás que puede haber error y que es un conocimiento difícilísimo, requiriendo un gran estudio y una diligente y sutil investigación. De ahí que un gran número de hombres no ignoran que tienen alma, pero sí qué es su alma o cuál es su naturaleza, engañándose respecto de ella diciendo que es cuerpo, o número o armonía, etc<sup>20</sup>. Los viciosos yerran en este tipo de conocimiento y, estimando que son principalmente la naturaleza sensitiva, desean bienes deleitables para esa parte, pero, en el fondo, se odian a sí mismos, pues le hacen mal a la parte superior del alma que verdaderamente los constituye, es decir, a la mente. Los virtuosos no proceden así, sino que, conociéndose verdaderamente puede amarse a sí mismo ordenadamente:

Los buenos estiman principalmente en sí mismos la naturaleza racional, o el hombre interior, de dónde, según esto, estiman ser lo que son. [...] Los buenos, que se conocen verdaderamente a sí mismos, verdaderamente se aman a sí mismos. [...] Y según esto, los buenos se aman a sí mismos cuanto al hombre interior, porque también quieren conservarlo en su integridad; y optan para él sus bienes, que son los bienes espirituales; y también emplean esfuerzo para conseguirlos; y deleitablemente retornan al propio corazón, porque allí encuentran tanto buenos pensamientos en el presente, como memoria de los bienes pasados y esperanza de los bienes futuros, por los cuales se causa

<sup>14</sup> Cf. *De veritate* q. 10, a. 8, c., ad 2 et ad sc. 8. *Summa Theol.* I, q. 87, a. 1, c.

<sup>15</sup> *Summa Theol.* I, q. 87, a. 1, c.

<sup>16</sup> Cf. *De veritate* q. 10, a. 8, c., ad 2 et ad sc. 8. *Summa Theol.* I, q. 87, a. 1, c.

<sup>17</sup> Cf. *De veritate* q. 10, a. 8, ad sc. 8. Respecto de este tipo de conocimiento versaría el *cogito* cartesiano contra los libertinos eruditos y el agustiniano contra los académicos, con sus respectivas diferencias.

<sup>18</sup> Cf. *De veritate* q. 10, a. 8, ad 2.

<sup>19</sup> *Summa Theol.* II-II, q. 25, a. 7, c.

<sup>20</sup> Cf. *Summa Theol.* I, q. 87, a. 1, c.; *De veritate* q. 10, a. 8, ad 2 et ad sc. 8; *Super I Sent.* d. 3, q. 4, a. 5, c.

delectación; de manera similar, tampoco padecen en sí mismos disensión de la voluntad, porque toda el alma de ellos tiende a una única cosa<sup>21</sup>.

Los malos quieren conservarse en su ser, pero como conservan aquel ser que ellos consideran que son, a saber, el ser según el cuerpo, entonces verdaderamente no se conservan a sí mismos, por lo tanto, se odian:

Los malos no quieren conservar la integridad del hombre interior; ni apetecen sus bienes espirituales; ni obran para esto; ni les es deleitable convivir consigo mismos retornando a su corazón, porque encuentran allí males tanto presentes como pasados y futuros, que aborrecen; ni tampoco concuerdan consigo mismos, por la conciencia remordiente, según aquello Psalm., *te argüiré, y te pondré contra tu faz*<sup>22</sup>.

El virtuoso por el contrario: “vive todo él según el entendimiento y la razón, quiere para sí sobre todo ser y vivir. Incluso se quiere siendo y viviendo según eso que en él permanece. Mas en el que se quiere siendo y viviendo principalmente según el cuerpo, que está sujeto a transformaciones, verdaderamente no se quiere siendo y viviendo”<sup>23</sup>.

De esta manera, santo Tomás difiere de los dos vicios iniciales en el hecho de que el verdadero amor de sí mismo supone que el hombre conozca que principalmente él es su mente o naturaleza intelectual, para sí apetecer el bien de la virtud o los bienes espirituales. Por eso, el virtuoso es el que más se conoce y ama a sí mismo, y así como el *amor sui inordinatus* del vicioso era considerado justamente vituperable, este amor más profundo del virtuoso es considerado laudable. En el comentario a la Ética de Aristóteles es donde esto se expresa de la mejor manera:

Quien procura sobresalir en las obras de la virtud, parece ser más *philautus*, esto es, amador de sí, que aquel que atribuye para sí sobreabundancia de bienes sensibles. [...] Tanto más se ama alguien a sí mismo, cuanto atribuye para sí mayores bienes. Pero aquel que procura sobreexceder en las obras de la virtud, atribuye para sí [los bienes] óptimos, que son bienes máximos, a saber, los bienes honestos. Por lo tanto, máximamente se ama a sí mismo. [...] Porque tal [hombre] da con largueza los bienes para aquello que es principalísimo en él mismo, a saber, para el intelecto. Y hace que todas las partes del alma obedezcan al intelecto; ahora bien, tanto más se ama alguien a sí mismo cuanto más ama aquello que es más principal en él. Y así es patente que aquel quien quiere sobresalir en las obras de la virtud máximamente se ama a sí mismo<sup>24</sup>.

**Amor de sí y amor del prójimo y Dios.** Por otra parte, santo Tomás no difiere con los dos vicios señalados al comienzo únicamente en el hecho de que hay un amor de sí ordenado, sino también en que este amor más profundo no solo no es contrario al conocimiento y amor a los

<sup>21</sup> *Summa Theol.* II-II, q. 25, a. 7, c.

<sup>22</sup> *Summa Theol.* II-II, q. 25, a. 7, c.

<sup>23</sup> *Super Ethic.* I. 9, lect. 4, n. 11.

<sup>24</sup> *Super Ethic.* I. 9, lect. 9, n. 1-3.

demás o a Dios, sino que está incluido en ellos y lo aumenta. De esta manera se da una reciprocidad intelectual-afectiva directamente proporcional entre uno mismo, el prójimo y Dios: mientras más se conoce y ama al prójimo y a Dios, tanto más el hombre se conoce y ama a sí mismo. Esta tesis puede ser defendida tanto con argumentos teológicos cuanto filosóficos. Teológicos considerando los dos preceptos de la caridad de los cuales penden la ley y los profetas, filosóficos teniendo en cuenta los supuestos racionales que esos mandatos encierran.

Efectivamente, por un lado, en varios pasajes<sup>25</sup> dice santo Tomás que en el amor de Dios, según el cual debemos amarlo sobre todas las cosas con todo nuestro corazón, alma y fuerzas, está incluido o comprendido el amor de sí mismo e incluso en su forma más plena, pues si amar es querer el bien de alguien, amarme a mí mismo es querer el bien para mí, por lo tanto máximamente se ama quien quiere para sí al sumo bien que es Dios mismo. Por esto, que el hombre verdadera y máximamente se ame a sí mismo significa que quiera unirse y ordenarse a Dios. “Si a ti mismo, no por ti mismo debes amarte, sino por aquel donde está el fin rectísimo de tu amor; no se enfade algún hombre, si también a él mismo lo amamos a causa de Dios. Por lo tanto, cualquiera que ame rectamente a su prójimo, debe obrar con él de modo tal que también él mismo ame a Dios con todo el corazón”<sup>26</sup>.

Por otro lado, no solo santo Tomás, sino también la Escritura misma incluye el amor de sí mismo en el amor del prójimo, pues aquel es el modo a cuya semejanza, no igualdad<sup>27</sup>, el hombre debe amar a los demás<sup>28</sup>. Así, es manifiesto que en el amor de Dios y el prójimo está incluido el amor de sí mismo. Si uno se conoce a sí mismo totalmente puede darse cuenta de esto<sup>29</sup>. Y esta es la razón, además, para santo Tomás, por la cual en el Decálogo solo se preceptúa en el amor de Dios y el prójimo, pues el amor de sí está incluido en ellos<sup>30</sup>.

No obstante, para que no se piense que el amor de sí únicamente es compatible con el amor a Dios y los demás si se trata de un amor sobrenatural, como es la caridad, santo Tomás también considera que filosóficamente puede verse esta compatibilidad. En efecto, respecto del amor de Dios, explica santo Tomás que con amor natural tanto el ángel y el hombre como incluso cualquier creatura, aman más y principalmente a Dios sobre todas las cosas que a sí mismos, ya sea intelectual, sensitiva o naturalmente. Esto es así porque naturalmente la parte

<sup>25</sup> Cf. *Super II Sent.* d. 42, q. 2, a. 2, qc. 2, ad 3; *Summa Theol.* I-II, q. 100, a. 5, ad 1; *Summa Theol.* II-II, q. 19, a. 6, c.; *Summa Theol.* II-II, q. 26, a. 13, c., ad 1; *De virtutibus* q. 2, a. 7, ad 10.

<sup>26</sup> *Catena in Mt.* c. 22, l. 4. (*Augustinus de Doctr. Christ.*)

<sup>27</sup> El amor de sí como semejanza del amor al prójimo procura que este último sea justo, verdadero y santo. Cf. *Summa Theol.* II-II, q. 44, a. 7, c.; *De perfectione* c. 13; *Super Rom.* c. 13, l. 2; *Super Gal.* c. 5, l. 3.

<sup>28</sup> Cf. *Super III Sent.* d. 37, q. 1, a. 2, qc. 2, ad 5; *De virtutibus* q. 2, a. 7, ad 10.

<sup>29</sup> *Catena in Mt.* c. 22, l. 4 *in fine* (*Augustinus de Doctr. Christ.*)

<sup>30</sup> Cf. *De virtutibus* q. 2, a. 7, ad 10; *Summa Theol.* I-II, q. 100, a. 5, ad 1; II-II, q. 44, a. 3, ad 1.

se expone a la conservación del todo, como la mano al corte para la conservación del cuerpo o el ciudadano virtuoso a la muerte por el bien de toda la república, y, siendo Dios el bien común de todo el universo, entonces cada parte del mismo lo ama con amor natural. Que alguien, entonces, se ame más a sí mismo que a Dios es perverso y no natural, de lo contrario, la caridad no perfeccionaría el amor sino que lo destruiría<sup>31</sup>.

Respecto del amor del prójimo, santo Tomás encuentra casi una sentencia idéntica a la evangélica en el libro IX de la *Ética* de Aristóteles, es decir, previa a la Revelación, a saber: “la amistad para con otro viene de la amistad para con uno mismo”<sup>32</sup>. Para el Estagirita, el virtuoso que, como hemos visto, máximamente se conoce y ama a sí mismo, es, a la vez, el más lejano a un egoísta, pues, por el contrario, considera uno de los mayores bienes para sí mismo el hecho de hacerle bien a los demás. Incluso a favor de los demás está dispuesto a sobrellevar la muerte o a vivir mucho tiempo sin dinero, honores y otros bienes exteriores semejantes que no alcanzan la eminencia del bien honesto.

Santo Tomás, profundizando esto, sostiene que así como cualquier acto moralmente malo supone un rechazo de sí mismo y tiene al amor desordenado de sí como principio, raíz y causa, así también cualquier acto moralmente bueno, especialmente el amor a los demás, supone una aceptación de sí mismo que tiene al amor ordenado de sí como ejemplar, forma, raíz y medida (con esos términos lo designa santo Tomás)<sup>33</sup>. Y en ese sentido, solo aquel que conoce que lo principal en él es la mente y procura para sí mismo el bien de la virtud, en otras palabras, solo aquel que se conoce a sí mismo verdaderamente y ama a sí mismo ordenadamente, es capaz de conocer a los demás según aquello que es principal en ellos y desear para los demás los mejores bienes.

**Conclusión.** Como hemos dicho, dos vicios caracterizan a nuestro mundo actual. Aquel que es por exceso sostiene que el conocimiento y amor de sí mismo es el fin último del hombre, de modo tal que la vida virtuosa consiste en liberarse a uno mismo satisfaciendo todos los deseos propios. Aquel que es por defecto sostiene que el conocimiento y amor de sí mismo debe ser lo primero a descartar si se quiere vivir una vida virtuosa, consistiendo esta en ser una persona volcada hacia los demás y en reprimir los propios intereses. Dichos vicios consideran que el único conocimiento y amor de sí mismo posible es el que entraña egoísmo. Santo Tomás sostiene una vía media y superadora de ambos. Reconociendo un amor de sí mismo desordenado que sigue a un conocimiento de sí falso, no obstante, ve que el virtuoso

<sup>31</sup> Cf. *Summa Theol.* I, q. 60, a. 5, c; II-II, q. 26, a. 3, c; *De perfectione* c. 13; *Quodl.* I, q. 4, a. 3, c.

<sup>32</sup> Cf. *Super III Sent.* d. 28, q. 1, a. 6, c; *Summa Theol.* II-II, q. 25, a. 4, sc, c et ad 3; II-II, q. 26, a. 3, ad 1.

<sup>33</sup> Cf. *Super III Sent.* d. 38, q. 1, a. 6, c; *Summa Theol.* II-II, q. 25, a. 4, c et ad 3; II-II, q. 26, a. 3, ad 1; II-II, q. 26, a. 4, sc et c; *Quodl.* V, q. 3, a. 2, c.

es el que más verdaderamente se conoce a sí mismo y, por lo tanto, más perfectamente se ama. La vida virtuosa para él consistiría, entonces, no en liberación o represión, sino en moderación, es decir, en llevar al máximo el conocimiento y amor de sí, de los demás y de Dios. En este sentido, el que más se conoce y ama a sí mismo, el más virtuoso, es el que más conoce y ama a los demás y a Dios.

Por lo tanto, a ambas posturas extremas el Aquinate recomendaría que se conozcan y amen más a sí mismas. Al que se conoce y ama defectuosamente, viviendo alterado y enajenado, para que vuelva a su interior. Al que se conoce y ama excesivamente, para que se conozca y ame de la manera más plena posible, es decir, según el hombre interior.

Juan Ignacio Fernández Ruiz